

LA INFERIORIDAD Y EL MECANISMO DE COMPENSACION EN ADLER

ALFREDO BECHINI TEJADOS
Universidad de Barcelona
España

Adler experimentó en su propia persona una serie de circunstancias desfavorables, que marcaron su vida infantil, de manera que puede afirmarse que la teoría de la inferioridad orgánica de sus comienzos científicos fue vivida en su propio cuerpo, como él mismo afirma: "Yo mismo, aplicando el método de la psicología individual, me he visto forzado a resolver mi situación infantil. Al hacerlo me he encontrado con aquellos determinantes que tenían su origen en desfavorables inferioridades orgánicas y de la vida familiar"(Adler, 1972, 43).

Se graduó en medicina el año 1895 en Viena y su interés por la medicina psicosomática le condujo a examinar a muchos niños afectados por insuficiencias y defectos orgánicos. A partir de 1900 se interesó por la obra de Freud, llegando a ser presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Pero en 1911 se separó de Freud después de una serie de discusiones sobre el papel de la sexualidad en el origen de la neurosis.

1. LA INFERIORIDAD ORGANICA Y EL SENTIMIENTO DE INFERIORIDAD

El origen histórico del sentimiento de inferioridad, central en las primeras elaboraciones teóricas adlerianas, se debe a

Janet, quien postulaba su "sentiment d'imcompletude", como fundamento del psiquismo neurótico. Para Adler (1907), tal sentimiento es en sí mismo normal y, hasta cierto punto, productivo puesto que lanza al sujeto y a la propia humanidad hacia la superación y el progreso. El origen psicológico de este sentimiento en el niño debe buscarse no sólo en la imperfección de sus órganos, sino también en la necesidad de apoyo y en su estado de dependencia del adulto. En este sentido tal sentimiento es necesario y lógico en la infancia. Por esto el niño debe crecer para superarlo. Adler parte de la base de que la vida psíquica comienza siempre con un sentimiento de inferioridad más o menos profundo, que impulsa todos los afanes del niño e impone la meta de la que espera la seguridad en el futuro. Ahora bien, si tenemos en cuenta la importancia capital concedida por Adler, en su primera etapa, al sentimiento de inferioridad íntimamente relacionado con la inseguridad, parece lógico concluir que autores, como Fromm, Sullivan y Horney, implicados en el movimiento de "cultura y personalidad del psicoanálisis social", le deben mucho en el aspecto teórico sobre la inseguridad (Pich, 1982).

El sentimiento de inferioridad puede tener su fuente de origen, además de la inferioridad orgánica funcional con frecuencia hereditaria o simplemente convencional, en una educación inadecuada de los padres, en una situación social frustrante o en algunas circunstancias especiales, como el nacimiento de un hermano que capta el interés que el niño gozaba hasta entonces. Para Adler (1930a) estas causas cuentan menos que las consecuencias, que provocan la formación de un determinado plan de vida.

En su etapa ya madura, la teoría de la inferioridad orgánica quedó reducida a una de las tres posibles causas desencadenantes de la neurosis, en el sentido de que el niño vive como una limitación, incrementando con ello el sentimiento de inferioridad hasta convertirlo en complejo. De esta forma queda invalidada la crítica de Freud, según la cual no quedaba claro si era el factor orgánico o el psíquico el desencadenante de la neurosis, a la vez que contradecía los hechos que nos demuestran que individuos con gravísimas disminuciones físicas son normales psíquicamente. La postura adleriana (1912) queda clara ya que sólo la inferioridad psíquica produce neurosis -el complejo de inferioridad- mientras que las

inferioridades orgánicas sólo la provocan cuando el individuo no logra compensar el sentimiento de inferioridad.

Para Adler cualquier inferioridad tiene como corolario la búsqueda de una compensación, tanto a nivel fisiológico como psíquico. La compensación aparece, especialmente en su primera etapa, como un concepto clave, lo mismo que la represión en Freud (Ansbacher, 1959). Pero en su madurez, la compensación, en opinión de Ansbacher (1959) y de Ellenberger (1976), va perdiendo relevancia al dejar de ser lo primario el sentimiento de inferioridad y la tendencia a la superioridad como compensatoria. No obstante, a pesar de las transformaciones que experimentaron en la teoría adleriana el sentimiento de inferioridad y sus correlatos subjetivos, deben ser tenidos en cuenta en las investigaciones sobre el psiquismo humano. Por otra parte, debe reconocerse a Adler, como afirma Serrano (1986), el mérito de haber arrojado luz sobre el papel que la inferioridad y la inseguridad juegan en la vida del ser humano. Así como su enfoque sobre el estudio de la personalidad, en cuanto que el sentimiento de inferioridad -mecanismo reactivo básico- viene determinado no sólo por factores endógenos (biológicos y psíquicos) sino también por factores exógenos (el entorno social).

2. TEORIA DE LA COMPENSACION

Dejando aparte la compensación puramente orgánica analizada por Adler, como médico, en varias de sus obras y que tiene un carácter estrictamente biológico, pasamos a fijar nuestra atención en la compensación psicológica. La inferioridad constitucional y otras situaciones infantiles de efectos equivalentes, producen un sentimiento de inferioridad que reclama una compensación. Para conseguirla el sujeto se da a sí mismo una meta ficticia, caracterizada por el afán de poder. Esta meta de superioridad adquiere una notable influencia y organiza todas las energías psíquicas con vistas a garantizar su seguridad. La ficción directriz se construye según un esquema simple e infantil, que afecta de un modo particular la aperccepción y el mecanismo de la memoria (Adler, 1912).

El sentimiento de inseguridad y la consecuente tendencia a la liberación de tal sentimiento mueven al sujeto a abandonar el camino lógico de la inducción para seguir la artificialidad de sus esquemas ficticios. La persona compara la situación real, que experimenta y no desea, con la ideal de superioridad, que tanto anhela. El resultado de esta comparación es que cuanto mayor sea la distancia entre ambas situaciones, con tanta mayor intensidad se percibirá y se perseguirá la ficción, de suerte que el sentimiento de "estar abajo" puede asumir, en algunos casos, la misma importancia decisiva que la desorbitada imagen infantil de un padre fuerte (Adler, 1912). El hombre, tanto el normal como el neurótico, está aprisionado en la malla de su ficción, pero con la notable diferencia de que el neurótico cree su ficción, mientras que el sujeto normal la emplea como auxiliar útil para el logro de un objetivo real.

El desarrollo de la personalidad total se encuentra tan dominado por el objetivo final que inclusive los sueños y las fantasías del sujeto reflejan su línea de desenvolvimiento. En este sentido no es sorprendente que la interpretación adleriana de los sueños difiera en todos los puntos de la de Freud, dado el papel casi exclusivo que Adler atribuye a la tendencia compensatoria, como observa Ansbacher (1964).

Adler distingue entre las personas normales, que obtienen resultados positivos de sus sentimientos de inferioridad a través de una compensación adecuada, y los neuróticos que, sintiéndose inútiles para superar las dificultades de la vida, abrumados por el complejo de inferioridad y faltos de sentimientos de comunidad, acuden a una compensación inadecuada de autojustificación con resultados negativos. Tal es el caso del estudiante, por ejemplo, que desconfiando de su capacidad intelectual estudia con ahinco, obtiene mejores resultados que si estuviera mejor dotado y se hubiera confiado demasiado en su facilidad congénita. En este sentido remarcamos la opinión de Mueller (1965), según la cual, la "compensación positiva" encierra una profunda verdad de la psicología adleriana, con frecuencia desconocida, de los que esperan demasiado de los tests en materia de orientación profesional, porque una tensión de este orden escapa a la observación objetiva, aunque se recurra a instrumentos muy sutiles.

La teoría de la agresividad de Adler se hallaba relacionada, al principio, con sus estudios sobre la inferioridad orgánica y su compensación (Wolman, 1973). Cuando, en 1908, introdujo el impulso agresivo, Freud le planteó varias objeciones. Pero resulta curioso que doce años después el mismo Freud modificara su teoría de los instintos introduciendo el instinto de muerte y destrucción, mientras que Adler había modificado ya su posición, relegando la agresividad y los impulsos antisociales a la categoría de signos neuróticos. En 1908 el impulso agresivo constituía, en la teoría adleriana, la fuerza humana más general, una necesidad intrínseca de la vida misma, que se manifiesta cuando el sujeto se enfrenta a sus problemas.

La ley fisiológica del impulso compensatorio se convierte, en opinión de Hobmair (1981), en una ley psicológica, perteneciente al campo de los procesos orgánicos, se amplía a la ley de la constitución de la personalidad. Pero en la interpretación que se ha dado al concepto de compensación falta aún el motivo propiamente psicológico. La búsqueda de tal impulso condujo a Adler al fenómeno del sentimiento de inferioridad. Sin embargo, el concepto de sentimiento de inferioridad aún no se ha definido de una manera satisfactoria. El hecho estriba principalmente en que la sensación que tal concepto quiere expresar no constituye un fenómeno que pueda ser fácilmente aislado y medido, sobre todo en la primera infancia. Así, dicho sentimiento puede constituir sólo, en realidad, una suposición hipotética. Como el sentimiento siempre es subjetivo no puede equipararse a una inferioridad objetiva y probablemente también dependa, en opinión de Kausen, de cómo viva cada sujeto una determinada situación. Por otra parte, la persona sólo puede autovalorarse si se basa en una escala comparativa, lo que significa que el sentimiento de inferioridad sólo puede concebirse en comparación con los demás, constituyendo, por lo tanto, un fenómeno sociopsicológico.

Desde el punto de vista adleriano es inevitable que se forme el sentimiento de inferioridad, como origen de los comportamientos egocéntricos, así como es fundamental la superación del mismo para que el sujeto sea normal. En este contexto resalta el factor social educativo cuyo objetivo consiste en inducir una compensación que conduzca a un resultado socialmente válido o, por lo menos, que evite la perturbación social (Hobmair, 1981).

3. DE LA COMPENSACION AL DESEO DE PODER

El fundamento de la psicología individual de Adler (1930) es la creencia de que todos los fenómenos psíquicos se originan en la fuerza creativa particular del individuo y son expresiones de su personalidad. Pero, ¿qué es esa fuerza impulsora que mueve al individuo? ¿Existen impulsos congénitamente defectuosos que deciden el desarrollo mental?. Adler había comprobado que los niños con disminuciones físicas congénitas o adquiridas se menospreciaban a sí mismos y, por lo general, se comportaban de modo diferente. El paso siguiente fue descubrir que un sujeto normal puede sentirse situado artificialmente en el mismo conflicto, como si sus órganos fueran defectuosos, siempre que le impongan un trabajo duro inadecuado para su capacidad orgánica. En este caso, apremiado por la situación insoportable actuará de un modo semejante al de los sujetos con disminuciones reales.

Fue así como Adler encontró otras dos categorías de los sujetos que pueden desarrollar un sentido anormal de la inferioridad: los niños mimados y los odiados. Los cuidados demasiado tiernos crean una existencia de invernadero y estos sujetos crecen sin conocer las dificultades ni tener ocasión de entrenar sus capacidades. En consecuencia, pasan la vida esperando que los demás hagan por ellos cuanto sea necesario. La falta de afecto, por otra parte, detiene el desarrollo normal de los sentimientos altruistas y de la sociabilidad, así como la confianza en sí mismos (Adler, 1912).

El ser humano se ve "bendecido" -en el sentido de que le obliga a hallar una solución a través de la compensación- con órganos insuficientes para enfrentarse a la naturaleza, encontrándose, por lo mismo, en una necesidad de buscar de alguna manera la armonía con las exigencias de la vida. En este esfuerzo nuestra civilización comete errores muy parecidos a los que observamos en los niños mimados o aborrecidos. Tal es el caso de la subestimación de la mujer en nuestra sociedad. Debido al sentimiento de inferioridad femenina, que la mayoría de los varones y mujeres poseen, ambos sexos han derivado hacia un deseo exagerado de masculinizar un complejo de superioridad, que a veces es en extremo perjudicial, el afán de superar todas

las dificultades de un modo masculino (Adler, 1930b). A esta masculinización de la superioridad la denomina "protesta masculina".

Así empezó a ver Adler en todo fenómeno psíquico el afán de superioridad. El cierta manera corre paralelo al desarrollo físico del individuo y es una necesidad intrínseca de la vida misma. Todas las funciones de la persona siguen en esa dirección. El sentimiento de inferioridad y su compensación aparecen cada vez con mayor frecuencia y se entienden como secundarios al afán de superioridad (Ansbacher, 1964). La lucha por la superioridad, en esta segunda etapa, es considerada ya innata (Wolman, 1973). Se trata de una exigencia básica del hombre, comparable con las fuerzas instintivas del Eros y el Thanatos de Freud. En el continuo esfuerzo para conseguir la adaptación del ser humano al mundo. Nadie puede evadirse de esta red en la relación hombre-cosmos, ya que siempre el ser humano se encuentra en este sistema general luchando desde "abajo" hacia "arriba" (Adler, 1930b).

El espíritu de superación rige tanto el origen de la humanidad como la vida infantil y es el principio que alimenta el deseo humano de buscar la perfección. Todos los hombres luchan por la superioridad, pero cada uno lo hace a su manera. Ningún individuo se adapta mecánicamente a su ambiente. Este movimiento persistente hacia la superioridad, característica de cada individuo, se denomina estilo de vida. Este controla y coordina todos los aspectos de la vida del individuo y representa la unidad de la personalidad en todas sus diversas facetas.

El concepto de afán de superioridad o lucha por la superioridad está inspirado en el de voluntad de poder nietzschiano, pero atemperado por un sentido ético y social. La influencia de Nietzsche, así como la apropiación de algunas ideas del filósofo alemán por los Nazis fueron causa de que algunos autores asociaran el nombre de Adler a una "psicología del poder" en sentido despectivo. El mismo Adler en 1912 admitió una cierta relación con el concepto nietzschiano, pero posteriormente en 1931 rechazó tal relación. Shaffer (1976) explica esta contradicción diciendo que en Nietzsche la voluntad de poder es una manifestación de la voluntad de vivir, mientras que en Adler se presenta una actitud psicopatológica cercana a ciertos neuróticos. En fin, podemos resumir esta cuestión

diciendo que Adler se alejó de este temerario intento y construyó una psicología en la que la superioridad y la perfección, aún siendo el motor, debían ser moldeadas por el interés social (Serrano, 1986).

Esta, digamos, ley fundamental de toda expresión espiritual, común a toda aspiración individual hacia el poder, el éxito y, en general, a superar las dificultades de la vida, le llevó al concepto de la unidad de la personalidad. Desde los primeros años de vida se establece la meta del desarrollo psíquico y hacia la misma se dirigen los esfuerzos del individuo. Esta meta determina la dirección a seguir y despierta emociones ante lo que la misma propete. Así el sujeto supera el sentimiento de inferioridad con la expectativa optimista (Adler, 1930b).

En la obra *El Carácter Neurótico* introduce el "finalismo", buscando la conexión entre la inferioridad orgánica y sus consecuencias psicológicas, e intenta demostrar que en estos casos la meta de la vida se encuentra en el tipo de compensación de los errores consiguientes. En todo fracaso humano, en las neurosis, en los delitos y, en general, en todos los síntomas nerviosos, se puede observar la falta de un grado apropiado del sentimiento social. Todo lo que estimamos como bueno, lo estimamos simplemente porque es correcto desde el punto de vista de una sociedad.

El hecho real de la debilidad orgánica de la especie humana frente al entorno físico exige la solidaridad social. En consecuencia, la vida social del ser humano proviene de la relación hombre-cosmos, convirtiéndose a cada persona, al mismo tiempo, en criatura y en creador de la sociedad. Adler indicaba que ya señaló Darwin que nunca se hallan animales débiles viviendo en soledad. La sociabilidad es una necesidad filogenética y ontogenética del hombre. El interés social y la capacidad de cooperar con los otros es una potencialidad innata, pero ésta debe desarrollarse mucho más del estado inicial para alcanzar el grado de cooperación necesario. Además, el deseo de superioridad debe coordinarse con la sociabilidad e incluso subordinarse a ella (Ansbacher, 1959). Por lo tanto, el desarrollo normal de la persona exige que la lucha por la superioridad se combine con el interés social. En este sentido, mientras el individuo persigue su propio fin, se interesa por los otros.

En la teoría de la motivación de Adler, el afán de poder no es sólo una pulsión endógena, como la libido en Freud, sino también un fenómeno reactivo y compensatorio, siendo un mecanismo fundamental en el desarrollo de la personalidad. No obstante, el énfasis tan exclusivo en las nociones de sobrecompensación y de afán de poder impidió a Adler, en opinión de Elhardt (1987), construir un modelo preciso comparable con el de Freud. Falta en él la consideración genética y específica por fases, con la correspondiente temática heterogénea de cada etapa del desarrollo. Tampoco esbozó modelos de una estructura psíquica diferenciada por diversas instancias ni prestó atención a la distinción de estratos tópicos. Fue un temprano psicólogo del yo en la época en que Freud se preocupaba preferentemente del ello.

4. CONCLUSIONES

Adler tiene el mérito de haber elaborado, mucho antes que Freud, una teoría de la personalidad total y de haber valorado las fuerzas del yo y su necesidad de expansión (Mueller, 1965). Los freudianos le han reprochado un desconocimiento del papel del inconsciente y una distinción insuficiente entre sus procesos y los de la conciencia. Semejante distinción aparece, en efecto, como absolutamente secundaria en Adler, que se limita a comprobar que el sentimiento de inferioridad, cuando se instala, suscita un malestar que impulsa al individuo a buscar alguna forma de compensación.

Otro mérito suyo es el de dar cuenta de los factores culturales, reconociendo el papel de las inferioridades convencionales, como es el caso de la inferioridad femenina. No es de extrañar que en una sociedad como la nuestra, donde la competencia se ejerce con una singular aspereza, la mujer se encuentre situada en una condición ambigua, propia a favorecer en ella el rechazo de la femineidad, que Adler describe como "protesta masculina".

Comparadas con las ideas freudianas, las de Adler impresionan por su simplicidad y esquematismo. Este carácter puede parecer una cualidad o un defecto. Para los freudianos es un defecto ya que consideran su simplicidad como un simplismo.

Nosotros prescindiendo de los "ismos", debemos reconocer que esta simplicidad va acompañada de una cierta ambigüedad en la definición de los conceptos (Ansbacher, 1964).

Un aspecto positivo de la psicología adleriana debe ser subrayado en todo caso: su visión optimista de la vida y del hombre, puesto que intenta demostrar que un individuo puede explotar, casi siempre, al máximo sus dotes naturales -aunque sean pobres- y que lo esencial es el ánimo con el que afronta su inferioridad, real o convencional o, simplemente "percibida".

Si, en su primera posición teórica, la situación de inferioridad estimulaba al sujeto para superarse a sí mismo, en la etapa de su madurez, es el afán de superioridad, la propia fuerza de la vida, la que mueve a la persona para buscar su perfección en un sentido ético y social, aunque pueden haber desviaciones, como es el caso de los neuróticos.

BIBLIOGRAFIA

- ADLER, A. (1907) *Estudios sobre la inferioridad de los órganos*. Barcelona, Paidós, 1980.
- ADLER, A. (1912) *El carácter neurótico*. Barcelona, Planeta-De Agostini, 1984.
- ADLER, A. (1920) *Práctica y teoría de la psicología del individuo*. Buenos Aires, Paidós, 1972.
- ADLER, A. (1930a) *Guiando al niño*. Buenos Aires, Paidós, 1977.
- ADLER, A. (1930b) La Psicología individual. En LINDZEY, G.; HALL, C.S. y MANOSEVITZ, M. (eds.) *Teorías de la personalidad*. México, Limusa, 1982 (versión original en 1973).
- ADLER, A. (1931) Las diferencias entre la psicología individual y el psicoanálisis. En ADLER, A. *Superioridad e interés social*. México, FCE, 1963.
- ANSBACHER, H.L. y ANSBACHER, R.R. (1956) *La psicología individual de A. Adler*. Buenos Aires, Troquel, 1959.

- ANSBACHER, H.L. y ANSBACHER, R.R. *Superioridad e interés social por A. Adler: una colección de sus últimos escritos*. México, FCE, 1964.
- ELHARDT, S. *Introducción a la psicología profunda*. Barcelona, Herder, 1987 (Original en 1984).
- ELLENBERGER, H.F. *El descubrimiento del inconsciente*. Madrid, Gredos, 1976.
- HOBMAIR, H. y TREFFER, G. Psicología individual. Barcelona, Herder, 1981.
- MADSEN, K.B. Teorías de la motivación. En WOLMAN, B.B. *Motivación, emoción y personalidad*. Barcelona, Martínez Roca, 1980, Tomo 4º, pp.57-70.
- MORA, J.A. y LAZA, I. Alfred Adler en el marco de la psicología de la motivación. *Revista de Historia de la Psicología*, 1986, vol.7 (4) 55-70.
- MUELLER, F.L. *La psicología contemporánea*, México, FCE, 1965.
- PICH, J. *Alfred Adler: De la psicología individual a la psicología social*. Tesis de Licenciatura, Universidad de Barcelona, 1986.
- SERRANO, J. *Poder e interés social. La visión psicosocial de Alfred Adler*. Tesis de Licenciatura, Universidad de Barcelona, 1986.
- SCHAFFER, S. *La psychologie d'Alfred Adler*, Paris, Masson, 1976.
- WOLMAN, B.B. *Teorías y sistemas contemporáneos en Psicología*. Barcelona, Martínez Roca, 1973.